

Hoy me vestiré elegante

Autora: Sabina de la Paz BengoecheaFortes

Hoy pintaré mis labios de carmín, taparé mis ojeras, y maquillaré los moratones de mi cuerpo, para nunca más regresar al invierno de tus abrazos. Lejos quedan las humillantes palabras, los procelosos celos de tu vulgar querer, y ese tirano control que ejercías sobre mí. Me liberé de tus cadenas que oprimían mi cuerpo para no dejarme respirar. Perdí el miedo a tu presencia, a tus burdos reproches, a mi falsa culpabilidad...Por eso hoy me vestiré elegante, y saldré a la calle para estrenar mi nueva libertad.

SUEÑO URENTE

Lluvia. Siento las lágrimas de las nubes caer sobre mí, transparentes y frías. Levanto apenas la cabeza para observar mi alrededor. Veo árboles, unos detrás de otros, arbustos y pequeñas gotas de rocío rebotando en un suelo terroso. Vuelvo a mirar al cielo. Cierro los ojos.

Recuerdos. Recuerdo mi vida colmada por la tristeza y doliente por el sufrimiento de su ausencia. Vivo en un barrio de la periferia, en una casa normal con un padre normal. Mi madre murió hace tres años en un accidente. Justo antes discutimos:

-¡Cállate mamá! ¡Déjame en paz!

Salió de casa montada en bicicleta como de costumbre para ir al trabajo y no volvió. Sonríe al recordar a Yuu y su gran sonrisa en una pequeña carita. Él también se alejó. No tengo amigos. Mi padre trabaja durante todo el día. Me siento solo. Estoy solo.

Camino. Abro los ojos. Camino hacia ningún final. Llego a mi casa y sacando las llaves me doy cuenta que está abierta. Entro sigilosamente buscando al alguien que ha entrado. De repente, oigo un ruido en la planta superior y voy. Me dirijo al lugar del que procede el ruido y entro a mi habitación. Allí hay una chica husmeando entre mis cosas. Parece de mi edad. Tiene el pelo corto y rizado, y la piel morena. Se percata de mi presencia. Me mira. La miro y algo me dice que la conozco. Ella suelta las cosas de sus manos y camina hacia mí con una bella y amplia sonrisa. Sus brazos rodean mis hombros quedándonos a una distancia mínima.

-Quería verte, Ren.

Tras pronunciar estas palabras con sus rosados labios, se aleja de mí y sale de la habitación

Amiga. El jueves a primera hora veo entrar desde el fondo de la clase al profesor acompañado por la chica misteriosa. Se llama Yuura y viene del sur. Ella elige sentarse junto a mí. Nos saludamos. En el cambio de clase la llamo e intento hablar con ella. Lo consigo:

-Oye, ¿por qué estabas el otro día en mi casa?

-Quería volver a verte, pero cuando llegué no había nadie así que forcé la puerta.

-A la gente que hace ese tipo de cosas se les suele llamar ladrones.

-Pero yo no robé nada.

-Ya... Bueno, hasta ahora no he conocido a ninguna Yuura, así que no te entrometas más en mi vida—respondo, con la intención de irme.

-Puede que no hayas conocido a ninguna Yuura, pero sé que sí conoces a “Yuu”.

En ese instante, en el segundo que pronuncia ese nombre, mis ojos sienten una humedad placentera y se inundan en un lago de temperatura templada.

Pasado. Al terminar las seis largas horas de educación, decido acompañarla hasta su casa para conversar. Muy raro. Normalmente no suelo hablar con nadie, por lo que no sé muy bien cómo empezar una conversación. Al menos, ella acepta la propuesta. Hablamos. Me cuenta todo:

-De pequeña, no solía ponerme vestiditos o falditas, más bien no me gustaban. Por eso pienso que cuando nos conocimos y te dije que me llamaba “Yuu”, mi apodo, pensaste que era un niño.

- Así que eres una chica...

-Sí.

Presente. Finalmente llegamos a su casa tras un camino lleno de alegres anécdotas y tristes historias. Llama al timbre y al momento responde una voz dulce y acaramelada.

-Entras un momento y saludas a mi madre. Creo que le hará ilusión saber cómo estás.

-Vale, si tú lo dices...

Muy nervioso, le sigo por un largo pero colorido pasillo hasta una cálida y acogedora sala de estar. Mi primera impresión al entrar es que en esta casa casi sólo viven mujeres. Instinto, sólo eso.

Familia. Viene hacia nosotros una criatura muy “mona”, vistiendo una falda de lunares azules como el cielo de hoy y una camisa rosa.

-¡Hola Yuu! ¿Qué tal el instituto?

-¡Muy bien Rya! Oye, mira quién está aquí—señalándome—. Tú no lo conoces, pero mamá sí. Por cierto, ¿dónde está?

-En la planta de arriba ordenando las habitaciones—responde posando sus delicados ojos en los míos.

-Gracias, voy a buscarla—voltea la cabeza y se dirige a mí—. Espera un momento, ¿vale?

Veo su figura subir las escaleras llamando a su madre, cuando me doy cuenta de que Rya, según dice que se llama, sigue mirándome.

-¿Tú quién eres? ¿Un amigo? ¿El novio de mi hermana? ¿O acaso eres un extraterrestre?

Le sonrío y sigo esperándola. Pero en vez de a Yuura, noto bajar a una mujer de aproximadamente cuarenta años. Viste un vestido marrón, con pelo largo, liso y de un negro azabache, y unos ojos marrones. Al llegar abajo me mira y camina hacia mí.

-¡Cuánto tiempo sin verte, Ren! ¿Te acuerdas de mí?

Cómo poder olvidar a la mujer que me ofreció su compañía. Así es como conocí a Yuura. Hablo con ella y me invita a cenar. Cuando estamos reunidos, me invade una emoción que no sentía desde hace tres años. Siento la felicidad que se comparte al estar con los seres más queridos, más cercanos, al estar con la familia.

Encuentro. Al día siguiente, al salir de casa, veo a Yuura esperándome para ir al instituto. Las materias viajan por mi cabeza hasta que suena la sirena que anuncia el fin de la jornada. Volvemos juntos.

-¿Quieres acompañarnos a Rya y a mí a comprar esta tarde? ¡También podemos ver una película!

Asiento sonriendo. Decidimos la hora y el lugar. Entro a casa para comer y a la hora elegida salgo con una pequeña mochila con dinero colgada en la espalda. Me dirijo al sitio, cuando, al llegar, distingo un vehículo blanco con grandes letras rojas que forman la palabra ambulancia.

Peligro. En el momento que lo veo casi se me para el corazón. Corro hasta llegar. Veo a Yuura sentada en un bordillo, con los codos apoyados sobre las piernas y la cara entre las manos. Está llorando. Al instante la ambulancia se mueve. Recorre las calles con la sirena encendida y se pierde. Me acerco a la chica que siempre posee un fuerte espíritu y ahora se encuentra llorando. Ella se limpia los ojos y dice, más bien, grita:

-¡La han atropellado! ¡Estábamos andando y ella se lanzó a la calle sin mirar!

Intento consolarla, pero ella llora con más fuerza que antes y dejo que lo haga entre mis brazos. En seguida estamos en la sala de espera del hospital. Vemos llegar a su madre. Todos esperamos. Al cabo de dos horas, el médico que la ha operado llega a nosotros con noticias. Entramos en la habitación donde Rya se encuentra inconsciente, conectada a una cama por finos y largos cables. Nos sentamos. La miramos esperando a que abra sus preciosos ojos. Cuando nos dormimos, tras horas observándola, un alarmante pitido nos despierta. Procede de la pantalla que controla la vida de Rya.

Realidad. Al momento, pasa a la habitación el doctor, seguido de dos enfermeras. Llegan hasta ella y le conectan o desconectan más cables. Siento una tensión enorme venir de mi lado, de Yuura. Tiene la cara roja, llena de lágrimas, acalorada. Busco mirando a todos lados una solución que, desafortunadamente, no encontraré. Observo cómo las rallas verdes y azules se mueven rápidamente en la pantallita, cuando siento un escalofrío. Uno que empieza en los pies y termina en la cabeza, parándome el corazón. Siento un desierto helado dentro de mi cuerpo y, finalmente, los pies no aguantan mi peso. Me caigo. Los ojos se me nublan. No veo nada. No siento nada. Me muero...

Despacio, abro los ojos. Me duele la cabeza. He caído desde una roca con forma de cama. Me levanto del caliente, más bien, del ardiente suelo que me quema la espalda. Miro alrededor del lugar en el que me encuentro. Veo fuego. Rojo y poderoso.

Domun. Entrecierro los ojos por la cegadora luz que desprenden las llamas. Sé que estoy solo. Sé que lo he perdido todo. Me miro las manos rodeadas de la resistente armadura de escamas que me protege. Recuerdo el momento en el que me desmayé hace miles de años, vivido hace poco en el sueño. Pienso que me gustaría estar ahora con mi madre, con Yuura y con Rya, pero murieron hace mucho. Maldigo los mililitros de sangre de dragón que me salvaron de la total destrucción. Si no hubiera sido por eso, ahora descansaría en paz con todos los que vivieron conmigo. Me lo arrebataron todo. Tengo que vivir cada día de mi interminable vida en este planeta, en esta bolade fuego que destruye todo lo que se le interpone. No termina. Ando para estirar mis piernas todavía dormidas. Miro lo que existe y no me sorprenden las vistas. Es cuando distingo algo diferente. Algo súbito. Una hoja verde. Una pequeña hoja que se esfuerza por crecer en mitad del mar de fuego. Una luz verde. Una luz de esperanza.

BAJO UN ROBLE

Ya estaban todas las cajas apiladas y cerradas, dentro solo se encontraban mis pertenencias más indispensables, ya que mamá se había deshecho de la mayoría con la excusa de que las reemplazaríamos en nuestro nuevo hogar. Tenía gracia, aún no habíamos ni tan siquiera salido de la ciudad donde me había criado, pero ya no era mi hogar, ahora mi hogar estaba en otro lugar totalmente desconocido y en una ciudad de la que jamás había oído hablar, y de la que no lograba memorizar el nombre. Pero tampoco me importaba. Tomé mi único equipaje, una antigua mochila del colegio, donde portaba mis libros favoritos, dediqué una última mirada al que había sido mi refugio durante años. Suspiré, esto era más duro de lo que pensaba, di media vuelta y bajé las escaleras. Al final de estas estaba mi tío, el hermano mayor de mi madre y el único que podía conseguir sacarme una sonrisa en estos días. Me miró con compasión y me apretó el hombro en un gesto de apoyo. Después pasó por mi lado subiendo las escaleras con un ritmo rápido y afligido. Se había ofrecido a ayudarnos con la mudanza, pero por mucho que le supliqué y supliqué, él no vendría con nosotras. Lo entendía, él tenía su vida aquí, al igual que yo. La diferencia era que a él nadie podía obligarle a irse dejando a sus amigos y todo lo quería atrás.

-¿Estás lista, cariño?- preguntó mi madre desde el asiento del conductor-. Venga, ánimo, esto lo hago por tu bien- claro, siempre es “por mi bien”.

No contesté, me puse los cascos lentamente, con la música lo suficientemente alta como para aislarme completamente de cualquier comentario de mamá. Sabía que no estaba siendo madura, pero ¿Qué adolescente podría serlo en este momento? Yo no. Me quedé dormida sin darme cuenta...

“-Toc, toc- pausa-. Toc, toc.

Espera... ¿de dónde venía ese sonido tan molesto?

-Toc, toc- ¿pero qué...?

-¡He dicho toc, toc!- exclamó una voz, que no pude localizar.

-¿Quién eres?- pregunté confundida.

-Toc, toc.- Que pesado, ¿por qué no se callaba?

-Eh, tú, gracioso, ven aquí, ¿dónde estás?- pregunté ya molesta

-Toc, toc- de repente, una paloma se posó en una rama cercana y se quedó mirándome fijamente.- ¿Es que no piensas contestarme?

-Emm... ¿Perdona?

-¡Toc, toc!- gritó exasperado.

-Ah, esto... ¿Quién es?- estaba cada vez más confundida, ¿Por qué me hablaba una paloma?

Esta sonrió satisfecha

-Ya era hora...Buenas, mi nombre es Robin- a continuación inclinó la cabeza.

-Encantada...- sacudí la cabeza, carraspeé y me presenté-. Yo soy Clara.

-Ya lo sé- dijo sonriendo, como si fuera obvio-. Vamos, sígueme.

Y echó a volar. No estoy muy segura del porqué pero le seguí. Llegamos hasta el jardín delantero de una bonita casa, a mi derecha se erguía un roble, fuerte y esbelto, sus ramas estaban adornadas de hojas de vivos colores otoñales, que pronto caerían y adornarían sus pies.

Yo conocía esa casa muy bien, era el lugar donde tuvo lugar mi infancia. Pensé en las incontables veces que me había encaramado a aquel alto roble...

-Buenos días- fue como si el aire hablara, era una voz dulce, ligera, que de algún modo me calmaba. Era tan surrealista que por un momento pensé que me lo había imaginado, nadie podía tener una voz tan dulce, tan meliflua.

-Cómo has crecido...- el roble se irguió y agitó sus frondosas ramas.

En su tronco la corteza formaba una figura muy curiosa, parece un rostro humano, pensé.

-Y bien, ¿Dónde han ido a parar tus modales?

Espera... ¿acababa de fruncir el ceño? Abrí los ojos desconcertada

-Pero...pero...no puede ser...tú...-¿primero una paloma...y ahora un árbol?

-Parece que me has olvidado...- murmuró decepcionado.

-Sí, quiero decir, no, tú eres el viejo roble de la entrada de mi casa ¿no?

-En efecto- sonrió satisfecho y rió a profundas y sinceras carcajadas-, y no soy tan viejo...

Yo también sonreí, podría pasarme todo el día escuchando su voz.

-Y bien, dime, ¿Qué necesitas de mí?- su brusco cambio de tema me dejó aturdida.

-¿Qué te hace pensar que necesito algo?-estaba confundida.

-Bueno, estás aquí, ¿no? Por algo habrás venido- levantó una ceja inquisitiva-¿Qué te sucede?

No acostumbro a abrir mis sentimientos a nadie, pero el viejo roble me transmitía confianza y me animaba a revelar todos mis miedos y preocupaciones, era una mirada que prometía paz.

-Voy a mudarme- él me animó, con el movimiento suave de sus hojas, a continuar- y la verdad es que estoy muy asustada, no sé lo que esperar, toda mi vida está aquí- no me guardé nada para mí, y como prometía, sentí como la paz relajaba todo mi cuerpo, el que había mantenido en tensión hasta el momento.

-¿Y por qué esperas algo malo? No deberías verlo de esa forma, sino enfocarlo como...como si de un nuevo capítulo se tratase.

-No lo entiendes...

-Quiero que me prestes toda tu atención.

Hace unas cuantas primaveras, cerca de donde estás ahora mismo, había un hermoso rosal, tu madre acababa de mudarse a esta casa y fue lo primero que plantó, nunca se olvidaba de sus cuidados, lo regaba y abonaba, le reservaba la mejor tierra para que sus rosas florecieran fuertes y bellas. Y así lo hicieron.

Nunca antes vislumbré unas rosas con tan vivos colores, los que te invitaban a admirarlas durante horas y horas. Pronto, el rosal y yo, entablamos una gran amistad.

Pero la primavera llegó a su último suspiro y con él llegó el calor, y mi efímera amiga se fue de la mano de la primavera. Y me quedé solo.

Mas al tiempo, una nueva criaturita empezó a frecuentar mi jardín, y la alegría volvió.

Nunca me sentí tan jovial como contigo, siempre guardabas una sonrisa para mí y me observabas como si de un dios me tratara, y si subir por mis ramas fuera el mejor de los regalos. Tú me devolviste a la vida.

Me dedicó la mayor mirada de ternura que jamás nadie me había dedicado.

No sabía que decir.

-Y ahora, es tu oportunidad, encuentra lo que te de la vida, y sé feliz donde quiera que vayas. Este ha sido el comienzo de tu historia, llega hasta el final, y quién sabe, puede que nos encontremos en algún otro capítulo.”

Me desperté con una sonrisa.

-Ya hemos llegado- mamá daba saltitos en su asiento entusiasmada-. Bienvenida a nuestro nuevo hogar.

Me asomé por la ventanilla para ver mejor la casa, pero toda mi atención la robó una figura a mi derecha, era alto como el cielo, robusto y verde, sus ramas bailaban al son de la brisa, sonreí.

Era un roble.

Teresa Muñoz

